

3. Los intereses de Cristo

“Todos buscan su interés, no el de Jesucristo” (Flp 2,21).

Situemos esta frase en el momento en que vive San Pablo, y también en la carta a los Filipenses en la que está contenida.

Pablo está en la cárcel, no sabemos si en Roma, Cesarea o Éfeso. San Pablo dice esta frase como un arrebató repentino mientras habla de su discípulo e hijo Timoteo, al que quiere enviar a Filipos, seguramente con sacrificio porque también es un consuelo para él. Dice: “Con la ayuda del Señor Jesús, espero mandaros pronto a Timoteo, para animarme yo también recibiendo noticias vuestras. Porque no tengo a nadie tan de acuerdo conmigo que se preocupe lealmente de vuestros asuntos. Todos buscan su interés, no el de Jesucristo. De Timoteo, en cambio, conocéis su probada virtud, pues se puso conmigo al servicio del Evangelio como un hijo con su padre.” (Flp 2,19-22)

Es, pues, en un contexto de solicitud pastoral y misionera, de cuidado de la comunidad cristiana y de solicitud al servicio del Evangelio, donde Pablo habla de la dedicación de Timoteo y, en contraste con su actitud, se queja de los que buscan sus propios intereses y no los de Jesucristo.

¿Qué significa buscar los intereses de Jesucristo y no los propios? Es importante entenderlo, porque de las palabras de San Pablo se deduce que sólo buscando los intereses de Cristo nuestra vida y nuestra vocación pueden ser fecundas para la Iglesia, para el Reino, pueden servir al Evangelio, y así servir a la difusión de la verdad, la belleza y la bondad del Evangelio, es decir, de la presencia salvadora de Cristo crucificado y resucitado para todos.

Pero hay otro elemento en la carta a los Filipenses que subraya la importancia del juicio de Pablo sobre todos aquellos que en lugar de buscar los intereses de Jesucristo buscan sus propios intereses. Porque Pablo escribe esta frase casi inmediatamente después del famoso himno cristológico sobre la humillación y exaltación de Cristo en Filipenses 2, 5-11:

“Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús.

El cual, siendo de condición divina,
no retuvo ávidamente el ser igual a Dios;

al contrario, se despojó de sí mismo

tomando la condición de esclavo,

hecho semejante a los hombres.

Y así, reconocido como hombre por su presencia,

se humilló a sí mismo,

hecho obediente hasta la muerte,

y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo exaltó sobre todo

y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre;

de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”.

Justo antes del himno, Pablo insta a los filipenses a renunciar a sus propios intereses con una frase similar a la que hemos empezado: “No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás” (Flp 2,3-4). En este caso, no está diciendo que se renuncie a los propios intereses para buscar los de Cristo, sino los de los demás, los intereses del prójimo, de los hermanos de la comunidad, los intereses de todos. Está claro que, para el Apóstol, hacer los intereses de Cristo y los de los demás, especialmente los hermanos de la propia comunidad o los pobres, es la misma cosa. Pero el hecho de que pueda variar por quién renunciamos a nuestros intereses, acentúa la insistencia y la importancia de la decisión de vivir por intereses distintos a los nuestros.

Buscar los intereses de los demás antes que los nuestros es una decisión fundamental, independientemente de que hagamos los intereses de Dios o del prójimo. ¿Por qué? Porque la renuncia a los propios intereses es la decisión fundamental del amor, de la caridad. Pero, sobre todo, es la decisión que permite que nuestra libertad, y nuestra vida, se adhieran a la libertad y a la vida de Cristo mismo, el Hijo de Dios al que el himno de Filipenses 2 canta y celebra como aquel que renunció a sus prerrogativas de Dios para vaciarse, para hacerse siervo, hombre, humillándose hasta la muerte de cruz.

San Benito, en la Regla, fundó toda la vida monástica y su ascesis en la humildad de Cristo. No se profesa según la Regla sin aceptar la kenosis de Cristo, descrita en el himno, como vocación y misión propia, como forma y sustancia de la consagración monástica para vivir el bautismo.

Entonces es absolutamente importante repetir la pregunta que hice antes: ¿Qué significa buscar los intereses de Jesucristo y no los propios? ¿Qué significa buscar los intereses de otro más que los propios? Si no entendemos esto, no entendemos lo que significa ser monjes y monjas, pero tampoco entendemos lo que significa ser cristianos.

En los dos pasajes citados de la carta a los Filipenses, Pablo no utiliza la palabra “interés” que la traducción debe emplear para dar el sentido de la expresión griega y también de la latina. Porque en griego, literalmente, Pablo escribe:
“Todos buscan lo suyo, no lo de Jesucristo” (Flp 2,21).
“No buscando cada uno lo suyo, sino también lo de los demás” (Flp 2,4).

Lo que me llama la atención de estas expresiones es que recuerdan una frase que Jesús dijo sobre sí mismo y su posición ante Dios y ante todos. Es la respuesta de

Jesús, de doce años, a sus angustiados padres que lo encontraron después de tres días en el templo entre los doctores: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía estar en las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49)

Cuando Pablo se queja de que todos buscan sus propios intereses y no los de Jesucristo, no lo hace sólo porque se encuentra con pocos colaboradores en los que pueda confiar en la gran obra de la evangelización. Lo hace, en primer lugar, porque ve que todos pretenden vivir la vida cristiana, y tal vez incluso la responsabilidad en la comunidad y en la misión, sin atenerse a la posición de Cristo mismo, a su profunda y esencial humildad para concebir su misión, su posición entre los hombres y, sobre todo, su posición ante el Padre. El Jesús de doce años no dice que se quedó en el templo porque tenía cosas que hacer para el Padre. Dice que es necesario que *esté* en las cosas del Padre, es decir, que haga los intereses del Padre con toda su persona y toda su vida, aunque no haga nada.

San Benito nos pide entonces que vivamos esencialmente de esta manera nuestra vocación y misión y nuestra consagración a Cristo. Pero cuando decimos que sí, cuando hacemos profesión, ¿lo hacemos? ¿Los que se comprometen con el sacramento del matrimonio, o la ordenación, también lo hacen? ¿Somos conscientes de que elegimos la renuncia a nuestros intereses para vivir por los intereses de Cristo, y por tanto por los intereses del Padre, y también por los intereses de los demás, de la Iglesia y de la humanidad, de los pobres, antes que por nuestros propios intereses?